

LAS PUERTAS DEL SILENCIO

Dom Esteben Chevevière

PRELIMINAR

A ti sola, alma bienaventurada a quien el Señor atrae al desierto para hablarte al corazón. A ti sola, que lo has acogido como Único. Mejor, que te ha acogido como hostia de alabanza por siempre.

¿Quieres arder ante su Faz adorable como una cera muy pura?

¿Quieres, como los querubines, como los serafines, oh alma, ser irradiada por su claridad, abrasada por su amor, y no ser para Él nada más que Luz y Claridad?

Consiente en olvidar el mundo, el universo y a ti mismo.

Si vacilas en perder en Él y por Él tu vida, no sigas más. Lo que sigue no te aclarará nada.

Si el abismo te tienta, suplica al Señor que te envuelva en soledad, que te arroje en el silencio que Él habita y llena, donde Él se manifiesta. Por tu parte, esfuérzate en vivir así.

En cuanto te sea posible, con exacta obediencia y una perfecta caridad, evitarás estas cuatro cosas, los mayores obstáculos al silencio interior, y que vuelven imposible la contemplación habitual:

El ruido interior.

Las discusiones interiores.

Las obsesiones.

Las preocupaciones de ti mismo.

¡Hecho esto, habrás franqueado las puertas del silencio!

I. SOFOCAR LOS RUIDOS INTERIORES

Dios creó tu alma silenciosa en el Bautismo, en un silencio inviolado. La llenó de sí mismo al descender a ella toda la Trinidad santa; nada más que para Él. Fue más tarde, poco a poco cuando el mundo hizo irrupción. El ruido la invadió, cubriendo la dulce voz de Dios. Desde el barullo se amplifica. ¡Vuelve al silencio bautismal, hermano!

El ruido tiene tres generadores:

1. los recuerdos,
2. la curiosidad,
3. las inquietudes.

¡Paraliza sus acciones!

a) Haz callar los ruidos de los recuerdos

No recuerdes, no reavives ningún "mal recuerdo". El mal arrepentido está perdonado.

La generosidad del amor presente repara el pasado. Olvida las acciones concretas.

Basta mantenerte delante de Dios Padre, como pecador beneficiario de su infinita misericordia. El mal es "nada". ¿Para qué acordarse? Piensa solamente en la gracia de Jesucristo que te ha salvado; en el olvido eterno de tus faltas, que Dios ha destruido.

Él no colecciona pequeñeces. Guarda para Él un corazón filialmente contrito, receptivo y tierno: eso es la compunción.

No recuerdes, no reavives ningún recuerdo profano: ni de lo que has sido, ni de lo que has hecho, ni de lo que has dejado en el mundo.

Confía a Dios todo lo que tienes de más querido, parientes o amigos. ¿No son también hijos e hijas queridos de Dios? ¿Los olvidará Él cuando tú, por Su amor, te has exiliado de los brazos de ellos?

Todos los pensamientos e imaginaciones que les dediques no les sirven de nada.

Apartando de Dios tu espíritu, a menudo turban tu corazón, tu confianza en la Providencia y tu fe en la Bondad de Dios.

Tu imaginación no debe nunca franquear la clausura a sangre fría.

La gracia, sola, ayuda eficazmente a aquellos a los que amamos; la obtendremos proporcionalmente a nuestra intimidad con Dios. Mira a María en Caná. Ella no perdió su sitio. "Haced lo que Él os diga" (Jn 2,5).

Voluntariamente retenidos, los recuerdos del pasado son fuente de vanidad, de penas o de inquietudes. Saborear en espíritu placeres

humanos de antaño, es sensualidad y búsqueda de sí mismo; es preferir una nube, un sueño, a la alegría sustancial presente y desconocida. No hay más que una bienaventuranza que valga: ¡DIOS!

Las dichas de este mundo no valen más que por el amor que las ha engendrado. La caridad que nos vivifica es la sola causa de nuestras alegrías. Deja que se esfumen y que se vayan esos vanos recuerdos: Te distraen y te retardan, te atan a lo que debe perecer, y "anemian" o debilitan tus deseos de lo eterno. Con San Pablo, mira, no lo que queda atrás, sino lo que esta por delante: JESUCRISTO (Cf. Fil 3, 4).

No conserves ningún recuerdo material concreto de "este" o de "aquellos" en los cuales no debes soñar más: fotografía, cartas, flores y "reliquias" de seres queridos:

No guardes nada. Eso no lleva a Dios, más bien suscita nostalgias. Si contemplas esas cosas, reactivan los sentimientos e impresiones de otros tiempos. Si no los miras, ¿para qué conservarlas? Es un engorro. Todo eso daña al silencio del corazón y a su libertad. Pide de buen grado el parecer de una persona prudente si dudas en este punto. Se siempre natural y sencillo.

¿Por qué alimentar esa tentación perpetua de volver atrás? Sé feliz por toda atadura soltada o rota, no consentas en reanudar ninguna. Huye tanto como puedas de los contactos vivos con los testigos del pasado: visitas, locutorios, cartas que refrescan en ti, la imagen de un mundo que uno siente tanta pena de deshacer.

Reduce, tanto como la obediencia y la verdadera caridad lo permitan, dentro de la misma tradición monástica, las relaciones orales y epistolares con el exterior. No vuelvas a soldar ninguna relación ya rota. No tienes nada que recibir del mundo, de lo que no te lleve a Dios; y a menudo, ¡ay!, lo que tú le das le aprovecha tan poco...!

Incluso puede ocurrir que, con tu actitud, menoscabas la estima que almas de buena voluntad sientan hacia la vida religiosa. La menor mancha resalta sobre un vestido inmaculado, y isomos tan imperfectos!

Tu memoria es un terrible acumulador; almacena tesoros de futuras distracciones.

Mientras más virgen esté tu espíritu de imágenes humanas, más viva resplandecerá en ti la luz del rostro de Dios.

Sepulta tu ternura para con los tuyos en el corazón de Dios. Ámalos en Él. Es infinitamente más profundo y más eficaz. Desea para tus amigos, el amor de Dios: es el verdadero bien. Encuéntralos en el Místico Cuerpo de Cristo. Tu fidelidad a tu vocación contemplativa se lo obtendrá; cualquier compromiso impediría a Dios darse, mas si el deber lo impone, sé diligente luego en olvidarlo. De ordinario,

hazte lejano para el mundo. Jesús dejó a su Madre para salvarnos. De hecho, fue separándose de Ella, cuando se le unió más estrechamente. Se estaba tan bien en el hogar de Nazaret, y el adiós desgarró corazones e hizo derramar lágrimas a los ojos. Recuérdalo...

b) Reprime la curiosidad

No te informes de nada por la simple satisfacción de "saber".

Destierra toda búsqueda de ciencia que no tenga a Dios por fin.

Nada más opuesto a la virginidad del alma que la curiosidad. El objeto de nuestra vida contemplativa y las necesidades de nuestra vida terrena determinan lo que nos tenemos que informar. Deja todo el resto a los profanos. Conocer, adorar, alabar a Dios: para nosotros solitarios y silenciosos, es el todo de la vida, lo único necesario.

Nuestra peregrinación es corta, nuestro espíritu limitado, nuestro lugar mezquino.

Arroja por la borda lo accesorio. Sois ángeles del Apocalipsis cuya única función es cantar, postrándose ante el trono de Dios: "La alabanza, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, el honor, el poder y la fuerza son de nuestro Dios por los siglos"

(Ap 7,12). Hermanos de los serafines de Isaías, que se gritaban uno al otro: "Santo, Santo, Santo es Yahvé de los ejércitos, toda la tierra está llena de su gloria" (Is 6,3).

Lo contemplarás en Él mismo, en la oración; no en los libros de los sabios.

Reprime sobre todo tres curiosidades: La de las "noticias"; la de la conducta de los demás; y, finalmente, la curiosidad intelectual, quizás la más pernicioso, porque se disfraza de pretextos especiosos y nos endurece en el orgullo.

Ignora de corazón lo que pasa en el mundo: reza por él, "sin volverte a él". Si tienes un profundo espíritu de adoración, si amas la trascendencia de Dios, el conocimiento concreto de las necesidades de los hombres no dará ningún nuevo fervor a tu oración, a la generosidad de tu sacrificio. El amor de Dios (que comprende el del prójimo) es más poderoso que todo para arrastrar en la estela de Jesús, a ti y al mundo entero contigo. El pensamiento que tuvieras de él, no añadirá nada a esta acción eficaz.

Pocas almas son capaces de comprender esto. Si puedes, no te informes de nada de lo que pasa en el mundo, desde ningún punto de vista. Fija en Dios sólo todas las fuerzas vivas de tu alma; no pidas noticias, más que por caridad: para ser agradable con los demás cuando sea oportuno, o hacer el bien, no para contentarte a ti mismo.

Todo lo que te dicen de este, de aquel, de sus idas y venidas, despierta imágenes, reflexiones, discusiones, críticas interiores; en resumen, el ruido que Dios aborrece.

Si no te comunican noticia de nada, ni de nadie, no la pidas, igran suerte es esa! Si no es por deber de estado, no leas los periódicos o las revistas profanas. Rehúsa tú prestar atención a lo pasajero. Fija los ojos sobre lo eterno o sobre lo que es un auténtico reflejo de su belleza: la naturaleza y las almas en que se trasparenta. En tu amor a Dios, y la pasión por su gloria, están incluidas las tres primeras peticiones del "Pater": las almas tienen su parte. Tú permanece exclusivamente ocupado de Él.

Tú eres un Serafín delante de Él (y nada más). Si te hace falta por tu deber conocer los acontecimientos del mundo, hazlo sin que dejen huella en ti, sin enmarañarte. Así guardarás tu espíritu y tu corazón, libres y silenciosos. Si no, tu cuerpo estará en la celda, pero tu espíritu estará en el tumulto. Te basta saber cuánto ama Dios a los hombres, que tiene sus corazones en sus manos y esparcidos sobre ellos el fruto de los méritos de los santos.

¿Qué hacen? Poco te importa. Tu vocación no es la de darles la mano en sus empresas.

Muchos son los carismas del Espíritu para la edificación del Cuerpo Cristo. Ese no es el tuyo. Ve el mundo en Dios, como los bienaventurados en el cielo; y no a

Dios a través del mundo. Sé "sacrificio de alabanza" (Sl 49, 12); la tierra será mejorada y bendecida. Si pudieses ser como la cera virgen, luminosa y pura, ardiendo solitaria ante la Hostia Santa, en la penumbra de una capilla desierta donde convergen todos los corazones del mundo, ¡y de donde parten, por tanto, todas las gracias para a tierra!...

No te ocupes de nada ni de nadie que no esté a tu cargo. Sé feliz al ignorar lo que pasa en los trabajos; cómo se administran; cuáles son las relaciones de cada uno.

Ama a todos tus hermanos con un amor igual, desprendido. No te informes, pues, de los acontecimientos insólitos de la Comunidad: ¿quién viene?, ¿quién pasa?, ¿por qué tal salida de los superiores?, ¿tal empresa?...

Ten horror en mezclarte en la administración del Monasterio. Reza por los que tienen el cargo. Para ti, ni reflexiones, ni hables, ni busques saber el por qué de esto o de aquello. No prestes interés ningún a lo que oigas. Otros han recibido el encargo de ello, para permitirte vacar únicamente a Dios, en la libertad y el silencio del espíritu.

¿No te dicen nada? ¿No te comunican nada? ¡Bendice al Señor! Él te evita el embarazo interior y una montaña de problemas. Ama con

gratitud a los que llevan los cuidados por ti. Ayúdalos con tu sonriente docilidad. Tú, acepta tu "estado de indiferencia".

Dios te ha establecido para ser Él tu único cuidado. Su voluntad es: ser el único pan de tu alma. No consientas en prestar oídos, ni siquiera atención, a las "habladurías" de la Comunidad. Reza por todos, pero especialmente por los que están en dificultad; exhortales (si es el caso) a amar la Cruz de Cristo. Las consolaciones humanas no sirven de nada y debilitan las almas. Con facilidad, no hagas ni recibas confidencias. Piensa, ¿quién hay más comprensivo que Jesús?

¿Quieres guardar limpio el espejo de tu alma? No permitas que el pensamiento del que está cerca venga a empañarlo. Si no estás encargado de los otros, no te informes de su comportamiento; no hagas reflexiones interiores al respecto, sobre todo a lo concierne a sus defectos o faltas. Ora solamente para que Dios se amado y servido por todos. Manifiesta o avisa a los superiores, según nuestras Costumbres, las faltas de las que has sido testigo. Pero sin buscarlas, evitando los comentarios interiores sobre las intenciones, o sobre la manera con que tu Superior acoge o utiliza tu acusación. Déjale a él el cuidado de corregir; y a Dios el de juzgar.

Estate siempre vuelto enteramente hacia Dios. Todo pensamiento inoportuno dedicado a la criatura te arrastrará a ti mismo. Es finalmente por lo que toca a ti mismo por lo que aprecias su presencia, no por lo que toca a Dios. Aún cuando todos los demás no fueran lo que debían ser, guarda la paz. Sélo tú. Tu fidelidad, silenciosa y apacible, hará mucho más por el aventajamiento de tus hermanos que tu agitación y tus críticas, a menudo ineficaces. El ejemplo de tu serenidad, tu transparencia a los rayos de Dios que habita en ti, conducirá al bien más que todos tus discursos y algaradas.

Tu alma no debe reflejar más que a Dios. No dejes a la criatura reflejarse en ella, sobre todo si es perversa y deforme la imagen que te viene de ella.

Unete al Dios vivo y personal. Poca cosa es el hecho de que te complazcas en la idea de Dios; el alimentarte de ideas "sobre Dios", o "a propósito" de Dios. Las palabras que Lo revelan, Lo velan. Toda curiosidad de ciencia, incluso sagrada, espesa el "velo", e impide al alma encontrar al Bien-Amado. Durante mucho tiempo, en el silencio interior, el más profundo posible, atráelo a ti por la violencia del deseo. Con la mirada fija en la Bondad de Dios, di como Sta. Catalina de Siena: "Yo quiero".

Él también quiere. Él vendrá no en las nomenclaturas, los esquemas o los silogismos; vendrá en una luz ardiente, sin imágenes, sin contornos, pero radiante. Elimina del empleo de tu tiempo, toda lectura, todo estudio de pura información, de pura erudición; a

menos que lo impongan los deberes de tu cargo, o la necesidad de descanso.

¿Vas a amueblar tu espíritu? Pero, ¿acaso para encontrar a Dios no hace falta destruir todo el "mobiliario", o colocarlo en el desván? Pasarás por inculto, pero es a los humildes, a los pequeños, a los ignorantes a quienes el Padre se revela. No arrojes una anatema absoluto sobre la ciencia; basta solamente con que conozcas el que en tu vocación contemplativa, será de poco provecho. Ama leer despacio, como un niño junto a su madre, las manos puestas sobre las rodillas de Dios con algún libro que hable "ex toto corde" de Él; de Jesús, de la Virgen, de tu alma, acechando la frase, la palabra que te dilatará en oración; ¡el instante del encuentro!

La Sagrada Escritura sea tu libro de cabecera. Es en ella donde serás iluminado por el Verbo. Es el alimento predilecto. Léela con corazón humilde –como comulgas- y con el mismo fin: encontrar a Dios. Paladéala; saboréala, versículo a versículo; Él se encuentra en una atmósfera de oración. Cada palabra dictada por Dios está llena de Él. Adora-Lo, bajo la letra. Gustarás la embriaguez de esta comunión con la Luz, con el Verbo que Dios ha proferido en el tiempo, con palabras de resonancias eternas.

Es ahí donde adquirirás la ciencia de los santos, siendo la otra tan poca cosa.

c) Cierra la puerta a las inquietudes

La "inquietud" pesa sobre el espíritu, sobre el corazón, sobre toda alma. Envenena la existencia. Tengas lo que tengas que hacer, sean cuales sean tus responsabilidades materiales o espirituales, no enmarañes tu alma, y no permitas jamás que la inquietud te turbe. Todo lo que tienes que hacer en religión es Su obra. Haz generosamente lo que puedas, sabiendo que el éxito no depende más que de Él, no de tus habilidades.

Si no buscas en ninguna cosa tu propia gloria, vivirás en una paz inalterable, aunque tengas mucho que hacer aún. Una sola cosa hay que temer: el pecado. Los caminos de Dios no son los nuestros. Jesús triunfa por el fracaso. Nada ha cambiado desde hace veinte siglos. Sé diligente, y pon los medios: es la voluntad de Dios. Pero quédate persuadido de que nada tendrá éxito más que por Él. Si Él no lo quiere, acepta el fracaso, así como todas sus consecuencias humillantes y desagradables.

Entonces, serás libre. Hacer lo que Dios quiere: eso es lo que importa; no el tener éxito. ¡Es tan tranquilizante pensar que el Padre tiene en sus manos, el mundo y el corazón de todos los hombres! Todo ocurre porque Él quiere; nada se hace que Él no lo permita. ¿Por qué angustiarse con vanas preocupaciones?

Pon por obra lo que está en tu mano, pero a su tiempo. Rehúsa reflexionar en el momento que pertenece a Dios: oración, lectura, gran silencio de Completas a Prima.

Si no, se acabó la serenidad de tu alma. Contempla la calma admirable de Jesús ante una tarea que abarca la Tierra entera y de todo el género humano. Él ilumina con pocas palabras. Él salva por la inmovilidad y el silencio de la Cruz. Toda la prudencia humana no invalidará Su palabra: "Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré todo hacia Mí" (Jn 12, 32).

Los Apóstoles, los grandes "convertidores", los santos no han sacrificado jamás, por apresuramiento, su coloquio con Dios. Confiaban todo a su Providencia, y jamás dudaban de Él. Las realizaciones, incluso temporales, de los verdaderos contemplativos son admirables, tanto como es la estéril idea de la agitación de los negocios que a Él no se ordenan. El puro amor de Dios es un filtro. Expulsará de tu alma no sólo todo lo que le es contrario, sino lo que no la alimenta. Se opondrá a todo ruido capaz de sofocar o alterar Su voz: "Dum medium silentium tenerent omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus, Domine, de coelis a regalibus sedibus venit" : "Un silencio lo envolvía todo, y, al mediar la noche su carrera, tu Palabra todo poderosa, Señor, vino desde el trono real de los cielos" (Sab 18, 14-15). Dios viene cuando todo duerme sobre la tierra, todo lo que es de la tierra.

II. EVITAR LAS DISCUSIONES INTERIORES

Observa, un solo día, el curso de tus pensamientos. Su sorprendente frecuencia y la viveza de tus discusiones interiores con interlocutores imaginarios, te sorprenderán.

Y esto será sólo si lo referimos en relación para con las personas que te rodean.

¿Cuál es su fuente habitual?

Nuestros disgustos acerca de Superiores que no nos quieren, no nos estiman, no nos comprenden; son severos, injustos o muy estrictos respecto de nosotros, o de otros que llamamos "oprimidos". Disgustos con nuestros hermanos "incomprensivos", obstinados, desenvueltos, enredosos o insultantes...

Se erige un tribunal en nuestro espíritu, donde somos procurador, presiente, juez y jurado; raramente abogado, si no es para nuestra propia causa. Se exponen los agravios; se sopesan las razones; se pleitea; uno se justifica; pero se condena al ausente.

Quizás se elaboran planes de revancha o tretas vengativas. Tiempos y fuerzas perdidas para quien todo es nada, fuera del amor de Dios. En el fondo, sobresaltos del amor propio, juicios prematuros y temerarios, agitación pasional que se paga con la pérdida de la paz interior, una disminución de la estima de nuestros superiores y de nuestros hermanos, una consolidación lamentable de la estima que tenemos de nosotros mismos. Grave error; perjuicio cierto.

Tratándote mal, en realidad nadie te perjudica, créelo. Es amargo, sin duda. Ama ser desconocido y menospreciado. Tú eres Cristo bajo el ultraje y la irrisión. Acepta con un alma dulce y silenciosa, todo mal tratamiento que recibas. El hombre no es mas que un instrumento; es la mano amante y fuerte de Dios la que lo guía y, la que por ella, busca quebrar tu soberbia; doblar tu espinazo. Abstente de dialogar en tu interior, ni siquiera un segundo, con propósito deliberado, sobre los que te hacen algún mal. Nada útil sale de ese pretorio clandestino.

En el de Jerusalén Jesús callaba. Cuando se levante la tempestad de tu indignación, repite con apacible dulzura: "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo". Abísmate en el amor, la gloria, el gozo de las divinas Personas; niegate toda mirada sobre ti mismo. Nada turba la radiante e impasible felicidad de la Stma. Trinidad. La opinión de los hombres no tiene valor ni interés: tú eres, únicamente, lo que ante Dios eres. ¿No es una alegría indecible el que El sea el único en juzgar lo más hermoso y puro de ti mismo? ¡Oh hermano, si pudieras comprender y gustar la dulzura de ser conocido sólo de Dios! Sé dichoso al irradiar a Cristo, pero no te turbes lo más mínimo porque esa irradiación sea aún demasiado

discreta. ¿No estás suficientemente cansado de conversar con los hombres, que aún los evocas en tu espíritu para contarles tus razones?

¡Sólo con Dios solo! Él lo sabe todo. Él lo puede todo. Él te ama. Si supieses lo bueno que es tener la cabeza vacía de toda criatura para no admitir más que la imagen de Jesús-Cristo y de María, los reflejos creados más puros del Invisible. Habla con ellos: eso se hace sin ruido de palabras. Las palabras sirven de poco: ve, mira, contempla. ¿Los miembros no son el honor de la cabeza? No apartes los ojos del divino Rostro del Cuerpo Místico. Es tu papel contemplativo.

Nuestras discusiones interiores no son, frecuentemente, más que la consecuencia de los altercados del día. Créeme: no discutas jamás con nadie; no sirve para nada.

Cada uno y cada una están seguros de llevar la razón y busca menos ser aclarado en sus dudas que vencer en una disputa de palabras. Se retiran disgustados, atrincherados en sus posiciones, y la disputa continúa por dentro. Se acabó el silencio y la paz.

Si no lo tienes que hacer por tu cargo, no intentes convencer. Pero si quieres permanecer tranquilo, pasa la página apenas se inicie la controversia. Acepta ser derribado al primer golpe y ruega dulcemente a Dios que haga triunfar su verdad en ti mismo y en los otros; y, a otra cosa: tu alma no es un forum, sino un santuario. Se trata para ti, no de tener razón, sino de embalsamar a tu alrededor con el perfume de tu amor. La verdad de tu vida testificará la de tu doctrina. Mira a Jesús en su proceso: "callaba" (Mt 26 63), aceptando las injurias; ahora Él es Luz para todo hombre que viene a este mundo (Cf. Jn 1, 9).

III. COMBATIR LAS OBSESIONES INTERIORES

Esas ideas o esas imágenes que, con la insistencia de las moscas inoportunas, se imponen a tu atención, no las destruirás ni totalmente ni en todo tiempo; te perseguirán sin descanso y por todos los sitios. Confrontadas pausadamente con pensamientos de fe, su inconsistencia salta a la vista; su valor humilla por la ficticia importancia que tienen. No deberían jugar ningún papel en nuestro comportamiento; o un papel al menos muy modesto. No obstante, están en primer plano y reclaman el timón. En nuestra vida enclaustrada, ¿cuáles son? Creerse menos querido, detestado, perseguido, incomprendido; sentirse celoso o rebelde contra una superioridad real o imaginaria que nos hace sombra en el orden del espíritu, de la estética, del "saber hacer" o de la virtud; inquietarse por los suyos, por su porvenir, o por el nuestro, turbarse, indignarse por la imperfección de los otros; inquietarse por la forma de actuar de personas que no están sometidas ni a nuestra jurisdicción ni a nuestra autoridad. Un temperamento en el que predomina la imaginación y la sensibilidad; ciertas inclinaciones nativas al autoritarismo o al orgullo; un egoísmo no combatido (o combatido flojamente) son prolíficos en obsesiones. Un Cartujo propone esta terapia; es buena.

Primer caso: la obsesión no tiene "fundamento real" (el caso más frecuente). La obsesión es una quimera producida por la exuberancia de nuestra imaginación, de nuestra hipersensibilidad, de nuestra falta de olvido de sí mismo, o por nuestro poco menosprecio de nosotros mismos.

El procedimiento de fondo, piensa este monje, sería rectificar la misma facultad de juicio (suponiéndola falsa) porque no ve las cosas tal como son en realidad. Entonces, ¿es posible un enderezamiento?

De todas maneras, escribe, date tiempo para reflexionar. Antes de razonar, deja que se calmen tus nervios y la efervescencia de tu imaginación. Tómate tiempo: algunos días de paciencia y propia pacificación. Verás entonces, por el distanciamiento y apaciguamiento, como todas las cosas toman sus proporciones. Durante el periodo de agitación, guárdate de discutir, de decir, de obrar. La emoción turba la razón; la pasión descarría el juicio; el amor propio lo vuelve injusto.

Sé humilde; por lo menos lo suficiente como para hacer controlar tu juicio por otro que no tenga ningún interés comprometido en lo que te preocupa, sobre todo si es sacerdote: él tiene gracia de estado para discernir.

"Un alma –concluye nuestro Cartujo– poco dotada de lucidez natural pero que supiera confesarse y someterse al juicio de un director (incluso si este último no posee mas que un mediano juicio) sería, por eso mismo, librada de muchos escrúpulos, de buen número de pensamientos tontos con los que otra alma estaría obsesionada. Permanece modesto, abierto, dócil: he aquí los grandes remedios contra estas falsas ideas cuya insistencia, exponen a volver desgraciada la vida del solitario y quitarle su nobleza. Es una descripción perfecta.

Segundo caso: la obsesión tiene "fundamento real". Esto puede darse. ¿Quién no está a veces enfermo, cansado, es incomprendido o perseguido? Y esto con toda verdad. La vida de los santos está llena de ejemplos de estos. La Providencia talla, burila, pule, martillea las almas sirviéndose de los que la rodean.

La persecución por los buenos es también otra de las pruebas.

Tal idea lancinante, tiránica, puede ser fundada y justa; pero la importancia que toma en nuestra vida, viene a ser excesiva. No es verdad que no podamos ya vivir felices, amar a Dios con paz, santificarnos alegremente. Los defectos, pasiones, faltas, injusticias de los otros, te purifican y te liberan de tu amor propio. En fe y humildad, ofrécete a los golpes de Dios y sé amable con sus instrumentos.

No es poca cosa el hecho de someterse y batirse en retirada cuando se recibe un agravio. Con Jesús-Cristo, acepta con un corazón pasible y silencioso el ser injustamente molestado. Todo tu ser se revuelve; tu orgullo se resiste; tu sensibilidad se estremece. Más alta que la tempestad, brilla la luz de Jesús: el siervo no es más que su Maestro.

A los elementos perturbadores, imponles lo que dicta la fe y el amor: ahí es donde está nuestra cruz; mas en la cruz es donde reside la salvación.

Ofrécete como víctima, con la mirada puesta sobre Cristo sangrante, envilecido por las magulladuras, el sudor y los salivazos, etc.... Imprégnete, en la oración, del espíritu de las Bienaventuranzas. Llegarás a juzgar todas las cosas como tu Maestro, y toda pena se te convertirá en alegría.

"¡El que quiera venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, que tome su cruz y me siga!" (Mt 16, 24). Verdaderamente, ¿conoces algún otro camino?

IV. NO TENGAS PREOCUPACIONES DE TI MISMO

No le hables a ti mismo de ti mismo. Los momentos de examen sean escasos y breves: algunos minutos al medio día y a la noche. Fuera de esto, no pienses en ti, ni para bien, ni para mal, para no despertar el amor propio ni descorazonarte. Cuando piensas en ti, tu imagen tan grosera substituye, en el espejo de tu alma, a la purísima belleza de Dios.

Tres cosas turban la limpidez: evítalas.

a) No critiques las dificultades de la vida

La vida es un combate: ¿no lo sabes ya? Si es necesario renunciarse, tomar la cruz, seguir a Jesús al Calvario, ¿hay de extrañarse de que haga falta luchar, sufrir, sangrar, llorar?

Tus dificultades vienen de tu entorno, de tu empleo, de tus propias miserias físicas y morales; de las tres cosas a la vez, quizás.

En cuanto a la actitud de tu alma respecto a ellas, trázate de una vez por todas una decidida línea de conducta ante Dios. Y en los momentos de encuentro con esas miserias, actúa en conformidad con la línea trazada. Los monólogos alarmistas no sirven para nada. Haz lo que puedas; abandona el resto a la misericordia de Dios.

“Dios lo sabe todo. Lo puede todo, y me ama”: He aquí lo que justifica el abandono.

Vive al calor de la luz del Salmo XXII: “El Señor es mi pastor; nada me falta”.

Cada noche, te dormirás murmurando: “Ten confianza: ino te ocurrirá nada malo!”.

b) No sopeses tus penas ni tus sacrificios

¿No has aceptado en bloque todo con tu profesión? “Recibe, Señor...” Cada mañana, en el momento de la Eucaristía, la Iglesia te ofrece como víctima pura, santa, inmaculada con Jesús, y tu consientes. Si comprendes el misterio de la cruz y el sentido de tu vida monástica, no te compadezcas de ti mismo. “Dios ama al que da con alegría” (2 Cor 9, 7).

Deja pues a Cristo sufrir en ti; préstale tu cuerpo y tu corazón, para que pueda “completar en su cuerpo místico lo que inauguró en el Calvario” (Cf. Col 1, 24). De lo contrario, no merece la elección que ha hecho de tu persona. Contempla su bello rostro de la Santa Faz, lacerado y doloroso, vuelto hacia ti. Ofrécele, unido y en calma, el espejo virgen de tu alma: en la tierra, esa es para ti la imagen que agrada a Dios.

c) No tengas “coquetería” de tu alma

Haz, en todo momento, la voluntad de Dios, con las fuerzas y gracias del momento presente. No se te pide más. Acepta de corazón tus límites. ¿A qué grado de santidad quiere llevarte Dios? No lo sabrás más que en el cielo. No sondees sus misteriosos designios; no le rehúses nada deliberadamente. Intenta complacerle según tus fuerzas actuales y déjate conducir a donde Él quiera, por sus caminos, sin prisa febril.

No te aflijas por tus impotencias, ni aun, en cierto sentido, por tus miserias morales.

Te querrías bello, irreprochable. Es una quimera; orgullo, quizás. Hasta el fin, permanecemos pecadores, objeto de la infinita misericordia, a la que tanto valora Dios.

No pactes jamás con el mal; permanece desligado de tu perfección moral. La santidad es ante todo algo de orden teológico, y es el Espíritu Santo quien la reparte en nuestros corazones; no somos nosotros quienes la fabricamos.

Compararse a los demás en materia de virtud, es hastiarse de la propia mediocridad, o creerse situado en la escala de la perfección; todo esto, obstaculiza y hace ruido. Hay santos de todas las tallas.

Tu elevación queda en el secreto de Dios; sin duda, Él no te dirá nada. Haz lo que esté en tu mano. Ama, ofrece a menudo a Dios la santidad inigualable de Jesús, de María y de los santos vivos y difuntos: todo eso te pertenece a ti, beneficiario de la Comunión de los Santos. Ofrécele la santidad global del Cuerpo Místico de Cristo: eso es lo que glorifica al Dios. Tú eres miembro de ese Cuerpo, el menos noble quizás, pero no sin utilidad. Di con convicción y serenidad: “Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecador”. Y vive en paz bajo las alas protectoras del Dios que te ama.

CONCLUSIÓN

Por la gracia de Dios, observa estas cosas con toda paciencia y fidelidad. La paz descenderá a tu alma; el silencio la envolverá. Sobre el espejo calmado de las aguas purificadas, resplandecerá la imagen de la Santísima Trinidad.
 ¡Es tan hermoso un corazón puro y solitario bajo la mirada de Dios!
 No hay más que un canto. El de la eternidad:

¡Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo!
 ¡Amén!

Nota

Dijo Dios: "Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza" (Gén. 1, 26).

Más cuatro géneros de causas

1. oscureces
2. agitan
3. turban
4. pervierten las aguas del espejo del alma.

Por una parte, esas cuatro causas son o exteriores o interiores a la realidad del alma; *por otra parte, son o independientes o dependientes de su voluntad.*

Es por lo que todo el campo de acción de ellas se divide en dos ejes, como se representa en el siguiente esquema.

